

para los reyes y personas particulares innumerables quantías de oro y plata y perlas y otras joyas de mucho valor (pág. 353).

Con lo cual se tiene conciencia no sólo de lo ingente del tesoro americano¹⁴, sino también del hecho menos conocido de que dicha riqueza iba a engrosar no sólo las arcas de la Corona sino también las gavetas de los particulares, hasta el punto de que se ha calculado que, en el siglo XVI, de un promedio anual de ingresos de Indias de diez millones de ducados, tres quedaban en manos de particulares¹⁵; así pues, es claro que, en este punto, el Arcediano del Alcor se encontraba notablemente bien informado.

Continúa este tercer apartado con la mención de distintos virreyes de Indias y del obispo de Cartagena fray Tomás de Toro. Se aconseja luego, para tener una idea más cabal de las nuevas tierras y de su conquista, la lectura de libros como la *Historia General y Natural de las Indias* de Gonzalo Fernández de Oviedo, impreso el año 1526; las *Décadas de Orbe Novo* de Pedro Mártir de Angleria, de 1516; la *Geografía* de Andino y un libro publicado por Francisco López de Gómara en 1552 que sin duda es la *Historia General de las Indias*, impresa en ese año y dedicada al emperador Carlos V.

Se concluye este tercer apartado con unas observaciones a propósito de la evangelización y de los indios. Comienza Fernández de Madrid indicando que por la evangelización «se deben dar muchas gracias a Nuestro Señor, y grandes loores a los Reyes Católicos que lo comenzaron y al emperador don Carlos que lo continuó» (pág. 353), con lo cual se estaría exponiendo el punto de vista providencialista de un destino fijado por Dios a España y seguido fielmente por sus reyes; aspecto éste que será expresado con mucho mayor detenimiento por el cronista Gonzalo Fernández de Oviedo¹⁶. Por lo que se refiere a los indios, es preciso indicar que, ya antes de hablar de Hernán Cortés, anotó el Arcediano que los frailes llegados a las Indias «predicando nuestra Santa Fe católica convirtieron infinitos de aquellos indios, que eran gentiles y adoraban al demonio» (pág. 351)¹⁷. Con esta observación parece claro que de entre las dos actitudes que se dieron frente al problema de los indios (a favor y en contra de ellos) el Arcediano adopta la segunda. Esto se ve más claro en las líneas finales que en este bloque de noticias americanas se dedican a hablar de la clase de vida y costumbres de los indígenas; señala el Arcediano que lo más importante de la conquista de las Indias

es que para la religión christiana muchos millares de hombres bárbaros se bautizaron y cada día se bautizan por donde cesaron los vicios abominables que tenían, quales eran idolatría y continua comunicación con el diablo; sodomía, pecado nefandissimo; sacrificios a sus dioses con sangre humana, tanto que acaescía para sólo esto degollar en un día mill niños y esclavos, cuya carne comían; cesó también la muchedumbre

¹⁴ Sobre las remesas de oro y plata de las Indias cfr. Manuel Tuñón de Lara, dir. *Historia de España, tomo V La frustración de un imperio* (Barcelona, Labor, 1984), págs. 70 y ss.

¹⁵ Cfr. J.H. Elliott, *El Viejo Mundo*, pág. 84; opina Elliott que, probablemente, los particulares usaban este metal precioso «para fabricar objetos de fina artesanía para mayor gloria del hombre y de Dios» (pág. 84).

¹⁶ Vid. Josefina Zoraida Vázquez, «El indio americano y su circunstancia en la obra de Fernández de Oviedo», *Revista de Indias*, n.º 69-70 (1957), págs. 506 y ss. Cfr. también Francisco Morales Padrón, «Los grandes cronistas de Indias», *Estudios Americanos*, vol. XIV, n.º 73-74 (1957), en especial págs. 92-97.

¹⁷ Nótese que aquí el Arcediano se fija sólo en el aspecto religioso de los indios: eran «gentiles» es decir, no cristianos. El Papa Alejandro VI en 1493 promulgó la bula *Inter caetera* por la que se concedía a la corona española el derecho exclusivo de la evangelización de las nuevas tierras.

de mugeres que cada uno a su voluntad tenía, y así mesmo los bayles, embriaguezes y otras torpezas diabólicas que ante sus dioses hacían en los templos (pág. 354).

Para comentar este largo y enjundioso párrafo será preciso comenzar indicando que, en la Europa del Renacimiento, se solía realizar una clasificación dual del género humano atendiendo a la herencia religiosa de un pueblo y a su grado de civilización; es lo que parece hacer el Arcediano cuando califica a los indios de «gentiles» en oposición a los cristianos y cuando, por lo que se refiere al grado de civilización, Fernández de Madrid denomina a los indígenas «hombres bárbaros» utilizando así, como se hacía en aquellos años, «la distinción entre griegos y bárbaros que figuraba en la literatura clásica; y el bárbaro, además de pagano, era también grosero e inculto»¹⁸. De este modo, es claro que el Arcediano está lejos de creer que el indio es un ser «inocente», consideración habitual entre cierto número de misioneros españoles¹⁹ y, muy al contrario, lo juzga entregado a «vicios abominables» que se apresura a enumerar. El primero es la idolatría y trato con el diablo, aspectos sobre los que llamó la atención Fernández de Oviedo en su *Historia General y Natural de las Indias* donde indica que los indios adoran al demonio mediante «idolatrías e ceremonias e supersticiones y malas costumbres, con que el común enemigo del linage humano goza de sus ánimas»²⁰. Anota luego el Arcediano que se da entre los indios la sodomía, sobre la cual también se había expresado Fernández de Oviedo²¹; los sacrificios humanos seguidos de antropofagia son los aspectos que se subrayan a continuación, y que merecieron la censura del cronista Oviedo, quien opina que esos hechos no se realizan «por su devoción e reverencia, sino por su maldad e golosina, porque les sabe muy bien la carne humana»²². Para finalizar, recuerda el Arcediano como otro rasgo característico de los indios, la poligamia y las ceremonias religiosas, califi-

¹⁸ J.H. Elliott, *El Viejo Mundo*, pág. 56. Nótese, de paso, la contradicción en que cae el Arcediano al calificar de «bárbaros» a los indios, pues antes ha indicado que en tierra firme había «muchas y grandes ciudades» (pág. 352); no parece adecuado llamar bárbaros a quienes son capaces de construir ciudades; en este sentido, el padre Las Casas puso el ejemplo de la arquitectura mexicana para apoyar su idea de que los indios eran civiliza-

dos, cfr. J.H. Elliott, *El Viejo Mundo*, pág. 60.

¹⁹ A propósito de la línea de pensamiento utópico del siglo XVI que tendía a considerar al indio como un «buen salvaje» y a ensalzar las virtudes de las sociedades primitivas, de las cuales surgiría una nueva y mejor cristiandad y cuyos más notables representantes fueron no sólo el padre Las Casas, sino también fray Toribio Motolinía, o fray Jerónimo de Mendieta, cfr. José

Antonio Maravall, «La utopía político-religiosa de los franciscanos en Nueva España», *Estudios Americanos*, I (1949), págs. 199-227, y del mismo autor *Antiguos y modernos* (Madrid, Alianza, 1986), págs. 431-453; así como J.H. Elliott, *El Viejo Mundo*, capítulos I y II.

²⁰ Cito por Josefina Zoraida Vázquez, art. cit., pág. 496; la atención que Oviedo presta a los indios ha hecho que se le haya considerado etnógrafo, vid. Ma-

nuel Ballesteros Gaibrois, «Fernández de Oviedo, etnólogo», *Revista de Indias*, n.º 69-70 (1957), págs. 445-467.

²¹ Cfr. ibíd., págs. 500-502; a propósito de la opinión que a Oviedo le merecen los indios opina Zoraida Vázquez que sus juicios son exagerados porque para él «significaban un enemigo, un infiel y un causante constante de desdichas para los conquistadores españoles» (pág. 502).

²² Ibíd., pág. 501.

²³ Cfr. *ibíd.*, en especial págs. 496-499; es significativo que Oviedo concluya hablando de los indios recriminando sus «costumbres diabólicas» (*ibíd.*, pág. 502) y que el Arcediano haga lo mismo con la expresión «torpezas diabólicas». En otro sentido, es notable la diferencia que existe entre la poligamia a la que alude el Arcediano y lo que escribía Francisco de Vitoria hacia 1530, quien manifiesta que los indios tienen «matrimonios bien definidos» (cito por J.H. Elliott, *El Viejo Mundo*, pág. 60). Oviedo atribuye la poligamia, sobre todo, a los reyes y caciques; cfr. Manuel Ballesteros Gai-brois, art. cit., pág. 500.

²⁴ Cfr. Josefina Zoraida Vázquez, art. cit., pág. 500.

²⁵ José María López Piñero, op. cit., pág. 354.

²⁶ A propósito de la sífilis y de su remedio indica J.H. Elliott: «Era especialmente reconfortante que el Nuevo Mundo, que había infligido a Europa la terrible enfermedad de la sífilis, facilitase también su remedio con el *lignum vitae*» (*El Viejo Mundo*, pág. 45).

²⁷ Una cierta relación con las Indias tiene la noticia de que al obispo palentino Antonio de Rojas se le nombró «Patriarca de las Indias e islas del mar Océano» (pág. 427); del mismo modo, hay que anotar en la *Silva* la presencia de, al menos, un posible americanismo cuando al detallarse el ajuar del obispo Luis Cabeza de Vaca se mencionan unos «chirotecas o guantes» (pág. 560 y también pág. 565).

cadadas de «torpezas diabólicas», con lo que se vuelve a insistir en la veneración al Demonio, cuestión que, como ya quedó dicho, preocupó a Fernández de Oviedo²³. Para concluir, parece preciso indicar una diferencia entre el cronista madrileño y el Arcediano; Oviedo en su relato hace distinciones entre diversas culturas indias y reconoce, por ejemplo, que en Bogotá, Quito y Perú los indios cuentan con buena justicia, no son antropófagos y han tenido algún rey que prohibió los sacrificios humanos²⁴; el Arcediano, sin embargo, generaliza y no distingue diferencias entre unos u otros indios.

Tras este primer bloque de noticias americanas insertadas para ilustrar la novedad del descubrimiento del Nuevo Mundo se irán sucediendo con no mucha frecuencia otras informaciones provenientes de las Indias o relacionadas con ellas. Es lo que ocurre cuando, comentando los sucesos del año 1494, dedica el Arcediano un apartado a hablar del mal de las bubas, es decir, de la sífilis. Tras indicar los efectos de la enfermedad y las razones de su transmisión, se señala su posible origen: «Dicen que tuvo principio en Francia» (pág. 357); en este sentido, hay que indicar que el Arcediano tiene noticia de las diversas opiniones que había sobre la procedencia de la nueva enfermedad y se diría que conoce el libro del médico Ruy Díaz de Isla, *Tratado contra el mal serpentino*, publicado en 1539, en el que se defiende «el origen americano de la infección»²⁵, pues el canónigo palentino, tras indicar que la sífilis se curaba con un fruto americano, señala que, por este motivo, «parece que tienen alguna razón los que dicen y escriben que este mal vino de las Indias» (pág. 357). Es interesante aquí el modo de razonar del Arcediano que considera plausible la idea de que la sífilis la trajeron los indios que vinieron con Colón «pues la medicina tan apropiada para ello estaba en las propias Indias» (pág. 357)²⁶.

La siguiente noticia americana que se encuentra en la *Silva palentina* aparece registrada entre los hechos notables del año 1533: se vuelve a recordar, un tanto de pasada, el descubrimiento de Perú por el capitán Gonzalo Pizarro, y su desembarco en Sevilla cargado de «grandísima suma de oro y plata y perlas» (pág. 462)²⁷.

De mayor enjundia es lo que se cuenta en un documento que no duda el Arcediano en transcribir íntegro en su miscelánea. Se trata de una carta dirigida al Consejo de Indias y procedente «de las yslas nuevamente alladas en el Mar del Sur» (pág. 540), concretamente de la peruana Ciudad de los Reyes, es decir, la futura Lima; la epístola fue escrita por un emisario anónimo el 25 de junio de 1541. Toda la carta no es sino un encendido encomio de la tierra del Perú, cuya característica más acusada sería la abundancia con que se daban sus productos. En efecto, ya al principio se dice de aquel territorio que «es muy abundante de todos los mantenimientos que son